

Apuntes, notas y reflexiones sobre el Premio Nacional de Literatura, un galardón no exento de controversias



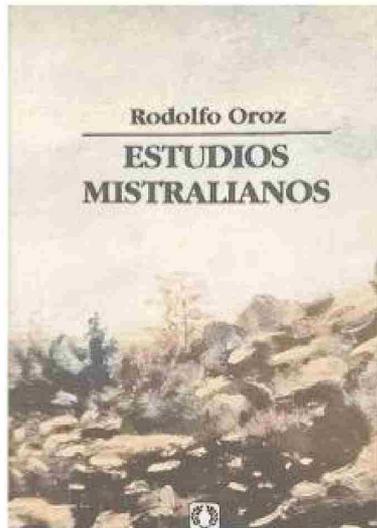
Por
Victor Hernández
 Sociedad de
 Escritores
 de Magallanes

En los próximos días se conocerá el nombre del ganador del Premio Nacional de Literatura 2025. Como sabemos, el pasado 11 de junio el Diario Oficial promulgó la ley N° 21.747 que restituyó la anualidad en la entrega del máximo galardón de las letras chilenas. El premio incluye un estipendio económico entregado por una sola vez de alrededor de 25 mil dólares, equivalente a poco más de 23 millones de pesos chilenos y una pensión mensual al ganador de 20 unidades tributarias mensuales, o su similar aproximado a un millón trescientos mil pesos en moneda nacional.

La más importante distinción literaria de nuestro país fue una iniciativa que surgió en el proyecto del Frente Popular cuando diversos intelectuales que conformaban la Sociedad de Escritores de Chile (Sech) propusieron en el transcurso de 1938 al candidato del conglomerado, Pedro Aguirre Cerda, la incorporación de varias medidas que buscaban entregar algunos beneficios económicos a quienes dedicaban, al margen de su actividad profesional o del oficio con el cual se ganaban la vida, gran parte de su tiempo al arte y la literatura.

El proyecto fue presentado al parlamento por el presidente sucesor de Aguirre Cerda, el también radical Juan Antonio Ríos, quien logró la promulgación de la iniciativa el 9 de noviembre de 1942. En un comienzo, el Premio Nacional de Literatura se entregó anualmente hasta 1972. Ese año se hicieron desde el poder ejecutivo, varias consideraciones que redefinieron las condiciones en la entrega de los galardones. De modo que, desde 1974 y por espacio de cinco décadas, el premio se otorgó cada dos años. Desde 1980 se empezó a hacer efectiva la disposición que se mantiene actualmente, en el sentido de distinguir en forma alternada a un poeta y en la siguiente versión, a un narrador.

Durante la primera etapa del premio, desde 1942 y en forma correlativa, fueron galardona-

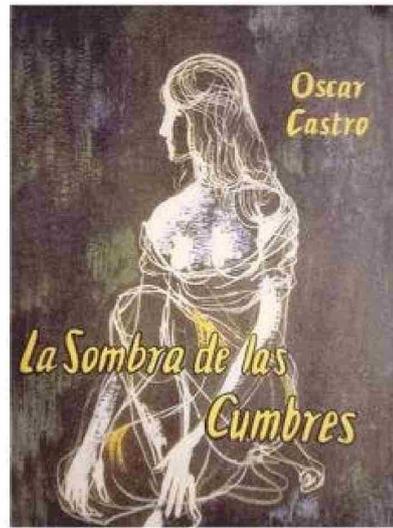


El filólogo Rodolfo Oroz obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1978.

donados Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel Lillo, Angel Cruchaga Santa María, Pedro Prado, José Santos González Vera, Gabriela Mistral, Fernando Santiván, Daniel de la Vega, Víctor Domingo Silva, Francisco Antonio Encina, Max Jara, Manuel Rojas, Diego Dublé Urrutia, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Julio Barrenechea, Marta Brunet, Juan Guzmán Cruchaga, Benjamín Subercaseaux, Francisco Coloane, Pablo de Rokha, Juvenio Valle, Salvador Reyes, Hernán del Solar, Nicanor Parra, Carlos Droguett, Humberto Díaz Casanueva y Edgardo Garrido Merino.

Desde 1974 han recibido el premio, Sady Zañartu, Arturo Aldunate Phillips, Rodolfo Oroz, Roque Esteban Scarpa, Marcela Paz, Braulio Arenas, Enrique Campos Menéndez, Eduardo Anguita, José Donoso, Gonzalo Rojas, Jorge Edwards, Miguel Arteche, Alfonso Calderón, Raúl Zurita, Volodia Teitelboim, Armando Uribe, José Miguel Varas, Efraín Barquero, Isabel Allende, Oscar Hahn, Antonio Skármeta, Manuel Silva Acevedo, Diamela Eltit, Elicura Chihuailaf, Hernán Rivera Letelier y Elvira Hernández.

En total han sido distinguidos cincuenta y siete literatos, treinta y uno de ellos entre 1942 y 1972; mientras que, otros veintiséis autores reci-



Oscar Castro, poeta y narrador, uno de los escritores emblemático de la Generación del 38, falleció sin recibir la distinción.

En total han sido distinguidos cincuenta y siete literatos, treinta y uno de ellos entre 1942 y 1972; mientras que, otros veintiséis autores recibieron el galardón con la fórmula bienal que se implementó entre 1974 y 2024

bieron el galardón con la fórmula bienal que se implementó entre 1974 y 2024.

La Sech jugó un papel primordial para que se lograra la vuelta de la anualidad en la entrega del premio, una lucha que los escritores han sostenido desde el retorno a la democracia cuando el gobierno de Patricio Aylwin publicó a través del ministerio de Educación, la ley N° 19.169, el 26 de septiembre de 1992, que estableció una serie de reformas relacionadas con la entrega de los premios nacionales. Pese a estos avances, todavía queda por resolver un tema muy sensible para la Sech, como es, la participación de miembros de la institución como integrantes del jurado, que dirime la entrega del galardón.

Cuando se oficializó la creación del Premio Nacional de Literatura en 1942, se instituyó entre otras cosas que, el jurado estaría compuesto de tres miembros: el rector de la Universidad de Chile, -quien lo presidiría-, un representante del Ministerio de Educación Pública y un delegado de la Sech. En 1960, durante el gobierno de Jorge Alessandri se amplió la conformación

del jurado a cinco miembros; además, de los antes mencionados, se entregaba otro cupo para un representante de la Sech y uno nuevo para un integrante de la Academia Chilena de la Lengua. Sin embargo, el 10 de octubre de 1974 se publicó en el Diario Oficial una serie de actualizaciones dispuestas por la junta militar acerca de la entrega del premio, y se sancionó además, que la Sech dejaba de participar con sus miembros en las deliberaciones del jurado.

Un premio no exento de controversias

En más de una oportunidad, la entrega del galardón ha generado polémica. Para empezar, sólo seis mujeres se encuentran en la lista de los cincuenta y siete premiados: Gabriela Mistral fue la primera en obtenerlo en 1951. Llama la atención que recibiera el Premio Nacional después de haber sido la primera mujer hispanoamericana en lograr el Premio Nobel de Literatura en 1945. Diez años más tarde, en 1961 fue condecorada la narradora Marta Brunet. En el periodo bienal iniciado durante la dictadura cívico mili-

tar, fue distinguida en 1982 la creadora de Papelucho, Esther Humeuss Salas, conocida por su seudónimo de Marcela Paz. Al parecer, las cosas tampoco cambiaron mucho con el retorno al sistema democrático en el país en 1990, por cuanto, Isabel Allende, la primera mujer galardonada en 2010, tuvo que ver pasar cómo el jurado de turno premiaba antes a diez varones. Las últimas dos escritoras en recibir el Premio Nacional fueron, Diamela Eltit en 2018 y Elvira Hernández en 2024.

A nuestro modo de ver, existe otro problema de categorización. La ley original N° 7.368 de 1942 que creó los premios nacionales de literatura y de arte, ubicó, por decirlo de una manera, a los dramaturgos, o que escriben teatro, en el grupo de los artistas, quienes hasta 1991 compartían la posibilidad de acceder al antiguo Premio Nacional de Arte, con los escultores, músicos y pintores. La ley N° 19.169 de 1992 junto con separar cada una de las disciplinas, fundó nuevos premios nacionales y en el caso del teatro, creó el Premio Nacional de Artes de la Representación y Audiovisuales de Chile, que se entrega cada dos años, desde 1993.

El problema radica ahora, en que los dramaturgos deben alternar la opción de alcanzar el premio, con cineastas, actores, bailarines, coreógrafos. Debemos recordar que la dramaturgia es un género literario, como la poesía y la narrativa. Para ilustrar lo que decimos, vamos a colocar como ejemplo, la situación del Premio Nobel de Literatura que se entrega anualmente a poetas, prosistas y dramaturgos, es decir, a los autores que escriben obras teatrales. En esta condición, han sido galardonados diversos creadores, entre estos, el belga Maurice Maeterlinck en 1911; los irlandeses George Bernard Shaw en 1925 y Samuel Beckett en 1969; los italianos Luigi Pirandello en 1934 y Dario Fo en 1997; el estadounidense Eugene O'Neill en 1936; el británico Harold Pinter en 2005; el noruego, Jon Fosse en 2023. Los dos primeros escritores iberoamericanos en recibir el Nobel, los españoles José Echegaray y Jacinto Benavente, eran dramaturgos. Ahora que el premio va a ser entregado

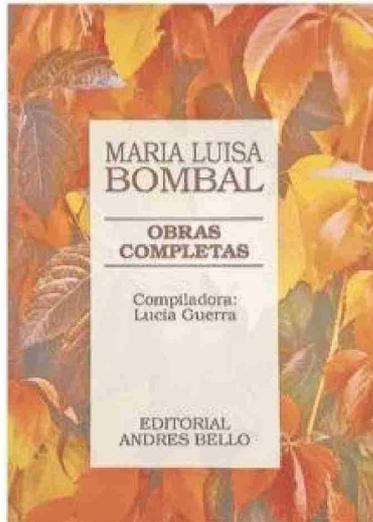
nuevamente en forma anual, se podría considerar a futuro, que los dramaturgos puedan obtener también, en las mismas condiciones que poetas y narradores, el Premio Nacional de Literatura.

En otras ocasiones, han surgido diversos cuestionamientos sobre la idoneidad, o las capacidades de algunos escritores para ser merecedores del premio. En 1950, José Santos González Vera fue distinguido con el galardón. De inmediato aparecieron voces disidentes y críticos literarios asegurando que el autor sólo tenía dos o tres obras publicadas que si bien, eran de calidad, no tenían el reconocimiento suficiente para que su nombre quedara instalado en el listado de los ganadores.

Durante las primeras ediciones del premio, el filólogo Rodolfo Oroz propuso a Gabriela Mistral como candidata al Premio Nacional. De inmediato, se escucharon las voces de los comentaristas, los académicos y de los eruditos de la literatura argumentando que la poetisa sólo había publicado tres poemarios y un centenar de crónicas periodísticas. La polémica fue acallada cuando la Academia Sueca en Estocolmo le concedió a Mistral, el Nobel de Literatura, tapándole la boca a sus críticos chilenos.

Con Max Jara en 1956 ocurrió una situación análoga a la vida por Santos González Vera, seis años antes. El autor era conocido esencialmente por su poema "Ojitos de pena". Era un escritor que pese a la belleza de su poesía, llevaba buen tiempo sin publicar. Sin embargo, contaba con el respaldo de dos pesos pesados de nuestra literatura: Eduardo Barrios y Pablo Neruda quienes se iniciaron en el camino de las letras, influenciados por la poesía de Pedro Antonio González, el llamado poeta maldito chileno y maestro de Max Jara, lo que inclinó la balanza para que el autor nacido en Yerbos Buenas obtuviera el Premio Nacional de Literatura.

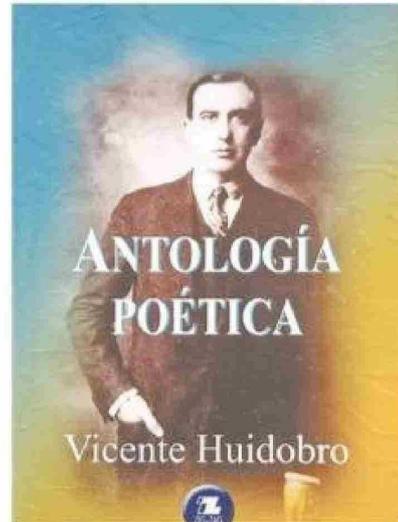
La Sech sufrió los embates del régimen de facto, por lo menos hasta 1984. Imposibilidad de ejercer elecciones libres para constituir su propio directorio, sus miembros debieron resignarse a ver cómo las autoridades designadas, escogían a los premios nacionales. En 1974 la distinción recayó en Sady Zañartu, autor del himno del Regimiento Buin, reconocido por obras históricas como "La sombra del corregidor" de 1927 o "Lastarria, el hombre solo",



Una de las mayores injusticias cometidas fue no haber entregado el Premio Nacional a María Luisa Bombal.

biografía publicada en 1938 que ensalzaban los valores patrios, con una visión conservadora de la sociedad chilena, la que sintonizaba plenamente con el ideario que impulsaban las autoridades militares.

Distintos fueron los casos de Arturo Aldunate Phillips y del ya mencionado Rodolfo Oroz. El primero, era un destacado ingeniero civil con una extensa trayectoria académica la que combinaba con su afición por la literatura. Fue uno de los primeros divulgadores científicos chilenos con dos obras consideradas clásicas en el tema: "Matemática y poesía" editada en 1940 y "Los robots no tienen a Dios en el corazón" que logró el Premio Atenea de la Universidad Concepción, en 1964. Pese a ser un hombre relacionado con ideas nacionalistas, se declaraba profundamente nerudiano. Ya en 1936 había escrito una obra inspirada en el vate, denominada, "El nuevo arte poético y Pablo Neruda". Aldunate Phillips se impuso en la versión de 1976 a dos escritores vinculados a Magallanes: el puntarenense Enrique Campos Menéndez y el general inspector de Carabineros, René Peri Fagerstrom, quien vivió en nuestra región y sirvió de ayudante del intendente Mateo Martínic durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Autor de numerosas obras históricas y literarias, publicó algunos trabajos inspirados en Magallanes, como los volúmenes de cuentos "Los dioses difuntos" en 1969, "Orilla adentro" en 1970 y la novela "Dos mujeres", ambientada en la población Fitz



Vicente Huidobro, uno de los más importantes escritores chilenos de siempre, murió sin recibir el Premio Nacional de Literatura.

En más de una oportunidad, la entrega del galardón ha generado controversia. Para empezar, sólo seis mujeres se encuentran en la lista de los cincuenta y siete premiados

Roy de Punta Arenas.

Rodolfo Oroz en cambio, era un doctor en lingüística y experto en estudios de gramática castellana. Autor de numerosas obras y de compendios sobre el uso del lenguaje y la comprensión del idioma, como "El Vasuro. Poema épico de Pedro de Oña", editado en 1941 y "La lengua castellana en Chile" publicado en 1966. Como dijimos en párrafos anteriores, Oroz fue también, un gran conocedor del trabajo poético de nuestra Premio Nobel. En septiembre de 2000 la editorial Universitaria publicó los ocho estudios realizados en vida por el académico sobre la poetisa chilena que incluyó el último trabajo redactado cuando Rodolfo Oroz tenía cien años. El texto denominado "Estudios Mistralianos", es posiblemente, el más completo estudio analítico y filológico efectuado en Chile acerca de Gabriela Mistral.

Los que murieron sin recibir el premio

Desde que se empezó a entregar el galardón, de la misma manera que algunos autores fueron cuestionados, también, hubo reclamos de escritores y de críticos literarios, se levantaron sospechas, se tejieron especulaciones. En la década del 40, cuando Rodolfo Oroz planteaba la necesidad de reconocer a

Mistral y el jurado entregaba el Premio Nacional de Literatura a Pablo Neruda, algunos planteaban por qué no se brindaba el máximo premio literario a Vicente Huidobro, padre del creacionismo, autor de obras que renovaron el lenguaje literario como, "Ecuatorial", "Mío Cid Campeador", "Altazor", y "Papá o el Diario de Alicia Mir". Las críticas se acrecentaron cuando Huidobro falleció en su casa de Cartagena, el 2 de enero de 1948.

A fines de marzo de aquel año falleció el profesor, poeta y narrador rancagüino Oscar Castro, otro de los escritores al que muchos críticos literarios consideraban como merecedor del premio. Fundador del grupo artístico "Los inútiles", autor de obras como "La vida simplemente", "Comarca del jazmín", "La sombra de las cumbres", se le identificaba como uno de los propulsores de la generación del 38 junto a creadores como Nicomedes Guzmán, Juan Godoy, Francisco Coloane y Carlos Droguett.

Las mismas críticas aparecieron cuando murió Nicomedes Guzmán en junio de 1964. El autor santiaguino, autor de obras icónicas como "La sangre y la esperanza", "La luz viene del mar", y "Autorretrato de Chile", era reconocido en todos los círculos literarios

por su trabajo escritural y la difusión que había sostenido durante un cuarto de siglo por revelar entre los lectores, a jóvenes promesas literarias; en particular, por el esfuerzo desplegado en la promoción de escritores regionales para que fueran descubiertos por las principales editoriales de Santiago.

En los años 70s, se escucharon con fuerza las voces de muchos escritores quienes sostenían, que la obra de María Luisa Bombal ameritaba con creces la entrega del Premio Nacional. En momentos en que el jurado distinguía a Sady Zañartu, Arturo Aldunate y Rodolfo Oroz, aparecía invariablemente el nombre de Bombal entre las postulaciones, más aun, cuando se sabía que la escritora apoyaba al régimen militar. De hecho, a principios de 1978, el gobierno le concedió una pensión de gracia. Sin embargo, murió sin recibir el galardón que pedían muchos, aunque otros aseguran que hubo gente como Enrique Campos Menéndez, quien oficiaba como asesor cultural del régimen, que se opuso a su designación. Al respecto, el diario La Tercera publicó un artículo con motivo del fallecimiento del autor de "Los Pioneros", el 13 de junio de 2007 en que se reproduce parte de la polémica con la escritora viñamarina:

"María Luisa Bombal era una gran escritora, pero tenía muy poca obra. Se dedicó al trago y eso la agarró muy fuerte...Daba vergüenza verla. Estaba botando su talento. Esperábamos una reacción de su parte, pero se nos murió. La culpa fue de todos".

El propio Campos Menéndez se vio envuelto en otra controversia cuando obtuvo el Premio Nacional en 1986 superando en las preferencias del jurado a José Donoso. En esa ocasión, Jorge Edwards salió en defensa del autor de "Coronación", señalando que el galardón se lo habían dado al autor magallánico porque era uno de los más importantes ideólogos culturales del régimen militar.

Uno de los autores que se ganó el afecto de muchos lectores, pero que fue incomprendido por sus ideas políticas fue, sin lugar a dudas, Miguel Serrano. Su defensa del nazismo alemán y de su jefe Adolf Hitler, lo puso al margen de cualquier intriga literaria (este artículo finaliza en la próxima edición de En el sofá).